



La Alegría de la Navidad

“Alégrense siempre en el Señor, les repito, alégrense, el Señor está cerca”, exhorta San Pablo (Fil 4, 4-5). No es una alegría superficial o solamente emotiva. No se trata de aquella mundana o la del consumismo. Se trata de una alegría auténtica, de la cual estamos llamados de descubrir su sabor, el del verdadero gozo. Es una alegría que toca lo íntimo de nuestro ser, mientras esperamos a Jesús que ya vino a traer la salvación al mundo, el Mesías prometido, nacido en Belén de la Virgen María. La Palabra de Dios nos ofrece un contexto adecuado para comprender y vivir este gozo. El Profeta Isaías habla de desierto, de tierra árida, de estepa. Tiene ante sí rodillas vacilantes, corazones perdidos, ciegos, sordos y mudos. Es el cuadro de una situación de desolación, de un destino inexorable sin Dios.

Pero finalmente la salvación es anunciada: “Ánimo, no tengan miedo!!” dice el profeta, “Él viene al salvarnos!”. E inmediatamente todo se transforma, el desierto florece, la consolación y el gozo invaden los corazones. (Is., 35, 4-6). Los signos que revelarán la salvación anunciada por esta profesía se cumplirán en Jesús: “los ciegos recuperan la vista, los cojos caminan, los sordos oyen y los muertos resucitan” (Mt. 11,5). No son palabras, son hechos que demuestran cómo la salvación traída por Jesús, abarca todo el ser humano y lo regenera. Dios ha entrado en nuestra historia para liberarnos de la esclavitud del pecado; ha puesto su tienda en medio de nosotros para compartir nuestra existencia, sanar nuestras heridas, y darnos la vida nueva. El auténtico gozo de la humanidad es fruto de esta intervención de salvación y de amor de Dios.

Todos estamos llamados a dejarnos envolver por este sentimiento de exultación. Un cristiano que no es gozoso, o algo le falta o no es cristiano. En efecto, es el gozo del corazón, la alegría que llevamos dentro es la que nos lleva adelante y nos da la fortaleza. El Señor viene, viene en nuestra vida como liberador, viene a liberarnos de todas las esclavitudes interiores y externas. Es Él quien indica el camino de la fidelidad, de la paciencia y de la perseverancia porque, en su regreso, nuestra alegría será total. La Navidad está cerca, los signos de su venida son evidentes en nuestras calles y casas, en donde podemos contemplar el árbol de pascua y el pesebre. Estos signos externos nos invitan a acoger al Señor que siempre toca nuestra puerta y nuestro corazón, para acercarse a nosotros; nos invita a reconocer sus pasos entre aquellos hermanos pasan a nuestro lado, especialmente los más débiles y necesitados.

Hoy estamos invitados a gozarnos por la llegada inminente de nuestro Redentor; estamos llamados a compartir esta alegría con los demás, dando ánimo y esperanza a los pobres, a los enfermos, a las personas solas e infelices. La Virgen María, la “Sierva del Señor”, nos ayude a escuchar la voz de Dios en la oración y a servirlo con compasión en los hermanos, para llegar a tiempo a la cita de la Navidad, preparando nuestro corazón para acoger a Jesús.